

## **Carl Schmitt : el concepto de lo político y la distinción amigo y enemigo<sup>1</sup>**

“La diferenciación específicamente política, con la cual se pueden relacionar los actos y las motivaciones políticas, es la diferenciación entre el amigo y el enemigo”

Carl Schmitt

Carl Schmitt, nació alemán en 1888 y le tocó vivir la Gran Guerra Europea que azoló dos veces Alemania, el hundimiento del imperio del Kaiser alemán, el ascenso, fulgor y caída de la República de Weimar, la revolución comunista – espartaquista abortada y la nacionalsocialista aplastada por la Unión Soviética. De un jurista respetado e influyente, pasó a ser un intelectual de los conservadores alemanes que, con el ascenso del Führer al poder, logró ganarse el título de “jurista de la corona”. Adolfo Hitler prometió acabar con el legado desastroso de la república, signado por la derrota en la guerra y la desunión haciendo de la patria una nación dividida entre enemigos interno y amenazas gravísimas externas. Su visión era clara: “No reconocemos clases, sólo al pueblo alemán”.<sup>i</sup> ¿Cómo no apoyar su liderazgo, ungido por el pueblo, y que era la única alternativa real al bolchevismo? A estos razonamientos políticos fueron acompañados los de la sobrevida personal y el oportunismo de un profesor universitario ansioso por el poder o la influencia<sup>ii</sup>. Para Carl Schmitt, el Führer es el pastor, el médico, el guardián, el timonel de una nación desesperada que ve en él su salvador. Cuando el Congreso le da plenos poderes para salvar la república, Schmitt alaba esta Ley de Habilitación que ha devuelto a Alemania su propio fundamento con una “constitución provisional”.<sup>iii</sup> El artículo 48 de la Constitución de Weimar contemplaba esta posibilidad in extremis. ¿Por qué no usarla? Alemania necesitaba un hombre fuerte, un presidente plenipotenciario, que pusiese coto a las divisiones partidistas, la lucha de clases y las reivindicaciones regionalistas. El 30 de junio se produce la Noche de los cuchillos largos”, en la cual Hitler ordena asesinar en torno a las 200 miembros de las S.A. que son sus enemigos internos, su jurista escribe un artículo infame: “El Führer protege el derecho”.<sup>iv</sup> El dos de agosto de 1933 asume el poder total y Schmitt, escribe que desde decide lo que es justo, lo legal y es el juez último.<sup>v</sup> Hitler lo escucha y acepta los consejos. Sí, para la envidia de sus cohegas, Schmitt es el jurista de la corona. El filósofo alemán, en suma, representa el ejemplo más vívido de la sumisión del derecho y de la academia al poder los hechos y de la política desnuda.<sup>vi</sup> Por otra parte, conceptualiza lo político, en una forma completamente opuesta a la que hemos visto hasta como un proceso a través marcado por la razón y el diálogo que busca pactar el bien común. Por eso es interesante

---

<sup>1</sup> Sergio Micco Aguayo. Apuntes de clases de Ideas políticas. Escuela de Ciencia Política 2024. Sesión 19.

analizar su pensamiento y contrastarlo con el de Hannah Arendt, que se inspira en Aristóteles y en su concepción de la política. Partamos.

Carl Schmit es hijo de su tiempo. En 1914 todos los ideales habían sucumbido. Carlos Marx y Engels llamaron a la unidad del proletariado, pero Rosa de Luxemburgo y Lenin fueron incapaces de detener a las masas proletarias que partieron al campo de batalla a matar a sus adversarios. La razón hecha ciencia y tecnología había prometido a la humanidad el cielo en la tierra, pero la racionalidad instrumental había creado los campos de concentración y engendrdo las más mortíferas armas que provocaron más de cincuenta millones de muertos en las dos guerras mundiales. Adam Smith fue invocado por justificar un liberalismo ingenuo que creyó que las suaves costumbres de los mercaderes y el comercio internacional harían imposible las guerras. Para horror de ellos, el codicioso control de las riquezas de las colonias bien ameritaba una guerra. Benedicto XIV llamó a rezar por la paz y evitar la guerra, y se encontrón con que las conferencias episcopales bendecían a los ejércitos para que partieran a diezmar los ejércitos de otras naciones católicas. La hipocresía liberal se expresó en el Tratado de Versailles, donde en nombre de la paz, del humanitarismo y de la libre autodeterminación de los pueblos, se acababan con los imperios y protectorados, pero seguían controlando los recursos naturales y el ejercicio de la soberanía externa de sus ex colonias o Estados que se enontraban en “su patio trasero”. Demás esta recordar como, a través del Tratado de Versailles, las muy democráticas potencias vencedoras impusieron las más duras de las sanciones a la “bárbara” Alemania. La República de Weimar será un verdadero no Estado, incapaz de garantizar el orden interno y la seguridad nacional.<sup>vii</sup> Eso por el Oeste. Por el Oriente venía la amenaza bolchevique que contribuyó al desplome del zarismo, derrotó al régimen liberal de Kerensky - hipótome de la indecisión liberal y de la orgía de las palabras que pensó que dejando el gobierno interno banqueros e industriales, con constituciones de papel y conceptos metafísicos acerca de los derechos humanos detendrían a Lenin. Este, sin rodeos, dotado de una “decisión inquebrantable e impacable”,<sup>viii</sup> había dicho que acabaría con el zarismo, la guerra y el ejército y la propiedad privada. Lo hizo. Las clases no pueden ser estafadas.”<sup>ix</sup> En 1938, sinteriza: “era el enemigo total, -una guerra total-Estado total”.<sup>x</sup>

Carl Schmitt hace suyo toda una línea del pensamiento en que el objetivo de la política era la creación de un Estado que, garante de la unidad nacional y el orden público, principal enemigo de las guerras civiles, revoluciones y guerras interestatales, debía ser protegido sin escatimar ningún medio moral. Era la razón de Estado y el deber de obediencia total.<sup>xi</sup> Esto era lo exigía la paz y la seguridad. ¿No es un noble fin? Fue, bajo el régimen nazi, que el jurista de la corona posada en la cabeza de Adolfo Hitler, al analizar el concepto de la política. En 1932 invoca a Hobbes, su dura experiencia, y su pesismo radical respecto del ser humano.<sup>xii</sup> “Es la autoridad y no la verdad la que hace la ley” (Hobbes, Leviathan cap.

XXVI). Lo sigue al pie de la letra cuando expresa que “que todo valor existencial busca ante todo subsistir” y que el Estado debe fijar y defender su existencia e independencia, a las que define autónomante.<sup>xiii</sup> El ser humano quiere vivir al igual que todas las naciones y pueblos. Las dos cuestiones anteriores son especialmente cuando vivimos tiempos de extrema peligrosidad, como son las guerras y revoluciones para los pueblos y naciones. Para Schmitt, Rousseau, converge en una misma arquitectura estatal, cuando afirma que “todo lo está fuera del soberano es enemigo” y que en la guerra civil “todos se transforman en enemigos de todos; alternativamente perseguidos y perseguidores”.<sup>xiv</sup> Son tres postulados realistas difíciles de refutar en cuanto juicios empíricos. De hecho, uno podría decir que nuestro autor simplemente los llevó al límite. El Estado es la autoridad última, no la moral ni el derecho.

Carl Schmitt se inspira también en Maquiavelo. Este parece seguir los mismos derroteros de Aristóteles y de su buen comentarista medieval. Este parece seguir los mismos derroteros de Aristóteles y de su buen comentarista medieval. Leámoslo: “al principio del mundo, siendo pocos los habitantes, vivieron largo tiempo dispersos, a semejanza de los animales; después, multiplicándose las generaciones, se concentraron, y para su mejor defensa escogían al que era más robusto y valeroso, nombrándole jefe y obedeciéndole.”<sup>xv</sup> ¿Defenderse de qué? ¿De las bestias feroces? Pues no, protegerse de los seres humanos. Por eso, el primer jefe está caracterizado con los dotes del guerrero y la relación política es la de la jerarquía militar: mando y obediencia. “Según demuestran cuantos escritores se han ocupado de legislación y prueba la historia con multitud de ejemplos, quien funda un Estado y le da leyes debe suponer a todos los hombres malos y dispuestos a emplear su malignidad natural siempre que la ocasión se lo permita”.<sup>xvi</sup> Más execrable todavía: “cuando gozan de medios y libertad para ejecutar el mal, todo lo llenan de confusión y desorden.”<sup>xvii</sup> Por eso, para gobernarlos, “Téngase muy en cuenta que a los hombres se les debe ganar, o imposibilitarles de causar daño porque de las pequeñas ofensas se vengan, pero no de las grandes”.<sup>xviii</sup> Maquiavelo invoca la historia de los pueblos para fundar su antropología, aunque quizás debió haber invocado su biografía.<sup>xix</sup> No tenemos espacio para seguir.<sup>xx</sup>

En un cuadro histórico cuasi apocalíptico, en 1927 publica un libro que denomina “El Concepto de lo político” y que vuelve publicar con modificaciones en 1931 y 1933. No es raro que en el contexto que escribió, haya dicho que el soberano haya insistido quien decide en situaciones extremas, cuando la unidad estatal está puesta en juego. Es el momento de la excepción, es lo decisivo y revelador del núcleo de las cosas. Schmitt la exalta. Es una vieja obsesión. Así se inicia su libro de 1922 Teología política: “Soberano es quien decide sobre el estado de excepción”.<sup>xxi</sup> Es en la extrema necesidad, que actualiza y se comprende de veras lo que es la soberanía y la esencia de la autoridad estatal.<sup>xxii</sup> “Lo normal nada prueba, la excepción todo, no sólo confirma la regla, sino que ésta vive de aquella. En la excepción, la vida real hace saltar con su energía la cáscara de una mecánica anquilosada en pura

repetición”<sup>xxiii</sup> Por eso, lo político, no se concreta en las instituciones del Estado, sino cuando el soberano toma las decisiones en momentos excepcionales. Fuera de lo normal es cuando orden jurídico está indeterminado y surgen los poderes excepcionales, por ejemplo, de la burocracia o del parlamento; lo político está en momento y en lugar de las revoluciones y guerras civiles y, ya lo sabemos bien, en las guerras entre Estados.<sup>xxiv</sup> Es imposible categorizar mejor el momento revolucionario alemán de 1919 y 1933 como excepcional y en que se ejerció la soberanía como poder constituyente. Una asamblea democrática aprobó la constitución de la república de Weimar que Hitler abrogó en 1933 estableciendo una en los hechos una nueva constitución. Tampoco es extraño que en este momento de excepción de una Alemania derrotada en una guerra y en un estado prerrevolucionario que Schmitt defina lo político en torno a un criterio diferenciador (no un contenido). que es la diferenciación amigo/enemigo.

Para Schmitt, así como la economía nos llama a pensar en lo útil e inútil, la moral a distinguir entre lo bueno y lo malo, y la estética divide la realidad en bello o feo, “La diferenciación específicamente política, con la cual se pueden relacionar los actos y las motivaciones políticas, es la diferenciación entre el amigo y el enemigo”.<sup>xxv</sup> ¿Qué se entiende por diferenciación? No es una definición exhaustiva, ni de una expresión de contenidos, pero sí de una diferenciación que nos da un criterio para distinguir, como afilado estilete, lo político de lo moral, lo estético y lo económico. O eres mi amigo o eres mi enemigo. Al final del camino la soberanía es cuestión fatal: *Mors tua, vita mea*. ¿Quién es el enemigo? El pensador alemán contesta que no tiene por qué ser malo, feo o un competidor político con el cual, incluso podría parecer ventajoso hacer negocios con él”. Entonces, ¿quién es? Simplemente el otro, el extraño, el intenso y existencialmente diferente, que, en un caso extremo, surge un conflicto que no puede ser resuelto por la norma general o por un árbitro o mediador imparcial. ¿Qué característica tiene que tener este enemigo? Debe ser público, no privado. No es *hostis* (privado)., por el cual el Evangelio pide orar (Mateo 5:44)., sino que el enemigo es *inimicus* (público). Se trata de un enemigo colectivo, no individual. Es un enemigo que nos puede llevar a un conflicto extremo, de vida o muerte. No se requiere que este enemigo sea eterno ni el conflicto real o habitual, pero sí la diferencia existencial deba ser de tal magnitud que la guerra siempre sea una probabilidad seria, verdadera. indiscutible. ¿Puede haber enemigos dentro del Estado? No, pues amenazan la sobrevivencia del Estado, por lo cual en la asociación de amigos no hay política, pero sí policía para cuando se infringe el orden jurídico. Es al Estado, único poseedor del *jus belli* para declarar autónomamente a otro Estado su enemigo, internamente, debe procurar “una pacificación completa dentro del Estado y su territorio; construir “la tranquilidad, la seguridad y el orden” para crear con ello la situación normal”<sup>xxvi</sup>

---

<sup>i</sup> Kennedy, E. (2012). Carl Schmitt en la República de Weimar. La quiebra de una constitución. Madrid: Tecnos. pp. 46 y 47

<sup>ii</sup> Ciertamente desde joven fue un conservador y un nacionalista, pero no necesariamente un nacionalsocialista. Sin embargo, decidió ingresar a dicho partido cuando estaba en su fulgor. El mismo dijo que todo hombre que trabaja y tiene familia es un colaboracionista, pues debe mantener su trabajo a toda costa. Para seguir siendo profesor, debía realizar el tiro del “besa manos”. Para sobrevivir debió obviar su conciencia. Alguien dijo que el heroísmo no se exige ni se predica, se practica. Fue el caso. A este mismo dilema se vio expuesto Norberto Bobbio bajo Mussolini. Pero no nos adelantemos. La República de Weimar amenazaba con zozobrar y un buen nacionalista debería ayudar a evitar el naufragio. Si Hitler había tomado el timón, quizás correspondía apoyarlo; aunque no fuera del agrado de un intelectual, había ganado las elecciones. Como un buen hobessiano, Schmitt recurrió al soberano para salvarse él y el Estado amenazado por las peores enfermedades políticas: la guerra civil y la aniquilación del Estado a manos de mortales enemigos: los comunistas y los capitalistas. Alemania no estaba pasando su mejor momento, pero el orgulloso Occidente no las tenía más fácil. Schmitt, quizás con renuencia, aceptó colaborar con los nazis.

<sup>iii</sup> Kennedy, E. (2012). Carl Schmitt en la República de Weimar. Opcit. Tecnos. p. 57.

<sup>iv</sup> Ibid. p. 58.

<sup>v</sup> Ibid.

<sup>vi</sup> Caro pagó sus excesos tras la derrota alemana. Schmitt no tuvo ninguna simpatía con la Alemania de la postguerra que le persiguió y luego le marginó. Por sobre todas las cosas no soportó que el régimen de Bonn pactara reparaciones con Israel, se sometiera al liberalismo norteamericano y traicionara la vocación alemana por la grandeza. Por cierto, al aceptar las políticas de des nazificación, Bonn se hizo responsable de convertirlo en una víctima a su pensar al confiscarle su biblioteca, quitar su cargo de profesor, detenerlo en un campo de concentración y amenazarlo con llevarlo a Núremberg.

<sup>vii</sup> Alemania, tras la derrota militar y el caos interno, era visto así por Schmitt. Era un no Estado, pues estaba condenado a no tener un ejército, no podía ejercer el *ius belli* ni ejercía soberanía en su territorio, que había sido mutilado. Estaba fuera de la ley internacional, era un país paria, sin derechos soberanos, y sólo con pesados y confiscatorios deberes, pues las reparaciones de la guerra eran impagables. El país estaba dividido al extremo. Carl Schmitt como millones de alemanes creían que no había más alternativa que el comunismo o el nacionalsocialismo. La guerra civil estaba a flor de piel, en estado de latencia con un pronóstico reservado de inminente erupción.

<sup>viii</sup> Kennedy, E. (2012). Carl Schmitt en la República de Weimar. Opcit. pp. 179-182.

<sup>ix</sup> Ibid. p. 182.

<sup>x</sup> Ibid. p. 186.

<sup>xi</sup> En el concepto de lo político escribe: “El *protego ergo obligo* es el *cogito ergo sum* del Estado y una teoría del Estado que no sea sistemáticamente consciente de esta frase permanecerá siendo un fragmento insuficiente. Schmitt, C. (1991). El concepto de lo político. Madrid: Alianza Editorial. pp.81-82.

<sup>xii</sup> Ibid. 82.

<sup>xiii</sup> Ibid. p. 94.

<sup>xiv</sup> Ibid. p. 94.

<sup>xv</sup> Nicolás Maquiavelo. Discursos sobre la primera década de Tito Livio, Libro Primero, Capítulo II. Citado en: Godoy, O. (1994). Antología del pensamiento de Maquiavelo. Ibid. p. 411.

<sup>xvi</sup> Ibid.

<sup>xvii</sup> Ibid., p. 415.

<sup>xviii</sup> Maquiavelo, N. (1995). El príncipe. Madrid: Alianza Editorial. Capítulo III.

<sup>xix</sup> Quizás Maquiavelo no tiene una buena opinión de los seres humanos, porque no la tenía tampoco de sí mismo. Aunque dicen que amó a su mujer (aunque no le fue fiel). y cuidó a sus hijos, quizás se sabía no bueno. La vida no le fue pródiga. Su padre, hombre letrado pero modesto, fue acusado de ladrón. De los libros de su progenitor aprendió de la crueldad de Moisés aterrizando al Faraón, del impulso criminal de la Atenas democrática en *Melos* y de la ferocidad romana de un Escipión Emiliano arrasando Cartago o Catón Numancia. Si bien amó su ciudad, no pudo sino quedar horrorizado el final de la conspiración de los Pazzi, acuchillando a los Médici en la catedral de Florencia, la casa del Señor, y luego viendo colgados del cuello a los sacrílegos conspiradores, nada menos que del edificio de la Signoria, la casa del pueblo. Admiró la austeridad del

---

dominico que vino a acabar con la corrupción de los papas y gonfalonieros, patricios y clérigos, pero terminó quemado vivo. La corrupción de los Borgia, Papas y cardenales, la estupidez y maldad de los reyes que visitó tampoco le llevaron a tener en alta estima la condición humana.

<sup>xx</sup> No me resisto a desarrollar aquí, un poco más el contexto histórico e intelectual de la definición de lo político identificado como un criterio de amigo/enemigo. Se trata de comisarios, y no de dictadores soberanos, pues no aspiran a perpetuarse en el poder. En 1919 afirmó con Maquiavelo la idea que repugnaba a los liberales: la dictadura que no era tiranía. Citó a Bodino con la necesidad de tener un soberano absoluto y perpetuo sobre las facciones religiosas que hundían al Estado en guerras fratricidas e internacionales. No era Dios un soberano absoluto. Esta teología política secularizada había creado un Estado europeo clásico que había apartado la religión de la política, y combatido con éxito las guerras civiles y las externas. Por diversas razones, culturales y materiales, dicho Estado se fue debilitando. El liberalismo, con su individualismo y su privatismo, desprecio a la política, neutralidad ante las finalidades del estado, humanitarismo cosmopolita y su constante indecisión habían participado en este debilitamiento que había conducido a las enfermedades política que podían ser mortales: guerra civil, conquista y anexión. Hobbes señaló que estas eran “Simple verdades políticas que no debieran ofender al observador políticos”. Jean-Jacques Rousseau había postulado la voluntad general como identidad de ley, gobierno y pueblo, Si la democracia era el gobierno del pueblo, y este quería un Fürher, ¿no era antidemocrático negarlo? Toda una tradición de pensamiento occidental confluía en las conclusiones teóricas y prácticas de Schmitt. Habiendo ya hablado de Hobbes y Maquiavelo, pasemos a otros de los grandes. Carlos Marx y su concepción del Estado y de la implacable lucha de clases; Hegel, la dialéctica amo y esclavo y su visión del Estado ético, Nietzsche y la voluntad de poder en medio de la guerra entre dioses, el politeísmo de la fe y el Estado weberiano acaparador de la fuerza física legítima.

<sup>xxi</sup> Schmitt, C. (1991). El concepto de lo político. Ibid. p. 13.

<sup>xxii</sup> Schmitt, C. (2009b). Teología política. Cuatro capítulos sobre la doctrina de la soberanía. Madrid: Trotta. p. 18.

<sup>xxiii</sup> Ibid. p. 20.

<sup>xxiv</sup> Kennedy, E. (2012). Carl Schmitt en la República de Weimar. Opcit. p. 157.

<sup>xxv</sup> Schmitt, C. (1991). El concepto de lo político. Ibid.

<sup>xxvi</sup> Ibid. p. 3.